

la influencia de Santillana han sido subestimadas por la señora Lida de Malkiel⁴.

La conclusión, "Mena prerrenacentista" (pp. 527-549), recapitula las enseñanzas del libro. No basta —se nos advierte— la abundancia de referencias a la mitología e historia grecorromanas para considerar hombre del Renacimiento a un escritor: las alusiones y enumeraciones con fines de ejemplaridad son medievales todavía; lo nuevo es emplearlas con propósito ornamental. Una y otra cosa se dan en Mena. El sentido de la forma, más exigente que en los siglos anteriores, el individualismo, la preocupación por la fama, y un exaltado sentimiento nacional completan la semblanza del autor, representativo de una época y un arte de transición.

Tal es el estudio dedicado por María Rosa Lida de Malkiel al que fue para los españoles del período nebrisense "el poeta" por antonomasia. Aparte del subido valor del conjunto, en ninguna de sus apretadas páginas falta una noticia interesante, una observación sagaz o un juicio certero, expresados en forma elegante y exacta. No podrá prescindir de esta obra quien se ocupe en adelante de la literatura prehumanística española. Cuantos andamos enriscados en las selvas del siglo xv podemos felicitarnos de contar con tan sabia guiadora.

RAFAEL LAPESA

Universidad de Madrid.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT, *Historia de la literatura hispanoamericana*. Fondo de Cultura Económica, México, 1954; 430 pp. (*Breviarios*, 89).

Pedro Henríquez Ureña nos proporcionó, hace ya varios años, un profundo estudio de los intentos que, en literatura y en arte, realizaron los hombres de Hispanoamérica —Brasil incluido— para lograr su propia expresión. Lo más importante en este libro (mas aún que los juicios

⁴ Por ejemplo, en la p. 415 se citan para ilustrar el influjo de Mena una estrofa de Gómez Manrique, "Non ynuoco las planetas", que recuerda muy ceñidamente varios pasajes de Santillana (*Comedieta*, 2ef, 9a; *Infierno*, 14a); de Santillana procede también la forma *Periteo* 'Pirítoo', usada por Gómez Manrique (p. 422), etc.

Otras observaciones de detalle: P. 25, nota 17: Entiendo que en el pasaje de Villasandino "el señor de la fortuna" debe interpretarse como 'el Señor de las tempestades' (*fortuna* 'tormenta').—P. 61: Si el silencio de Mena sobre los cordobeses musulmanes ilustres se debe a renacentismo, ¿por qué los cita en el *Omero romançado*?—P. 83: No creo que se refiera a las discordias civiles la "non justa batalla" en que había muerto el condenado a quien conjura la hechicera, pues no hay noticia de que se negase la sepultura a los caídos en las banderías de entonces; en cambio se negaba a quienes morían en un juicio de Dios defendiendo la causa perdidosa: recuérdese el caso célebre del poeta francés Granson.—P. 142: *Meresciente* figura ya en Berceo (*Milagros*, 359d) y en Juan Ruíz (1676f).—P. 246: No son términos de "jerga" militar *grida*, *lombardas*, *azagayas*, *adarves*, *clavero*, que eran de uso general, fuera de todo tecnicismo.—P. 328: Diego de Burgos no se refiere a Pablo de Santamaría, sino a don Alonso de Cartagena.—P. 467: En la segunda cita de Gil Vicente, el verso "sin vuestras mercedes ser en de culpar", debe leerse *seren*, con infinitivo personal portugués.—P. 520: Añádase a los recuerdos cervantinos del *Laberinto* el conjuro paródico de *La Cueva de Salamanca*: "Vosotros, mezquinos, que en la carbonera / hallastes amparo a vuestra desgracia...".

críticos particulares, siempre acertados y lúcidos) era el cuadro cultural, indudablemente complejo, en que se movieron los representantes de cada período. Desde *Las corrientes literarias en la América hispánica*, nadie había vuelto a darnos un trabajo equivalente por la calidad de las observaciones y el mérito total. Parecía imposible que se intentara de nuevo un esfuerzo semejante, encaminado, esta vez, a presentar sobre todo los valores y las características de cada autor. Casi naturalmente, un verdadero discípulo del maestro desaparecido es quien nos ofrece hoy la obra que necesitábamos.

Anderson se propone una tarea difícil y poco menos que inalcanzable: realizar, en cierto modo, una historia "de la literatura literatura" (p. 7). Es decir, una presentación que ponga de relieve fundamentalmente lo que de literario haya en cada uno, y en la cual la historia se reduzca a una función ancilar. Además, Anderson ciñe su campo a los países americanos de habla española y se desentiende de otras manifestaciones artísticas ajenas a la literatura. El estrechamiento del foco, perfectamente centrado, le permite lograr una nítida unidad en su trabajo. Por otra parte, para cumplir con su propósito esencial, Anderson se traza un plan (pp. 8-9), si bien comprende que deberá ser elástico. Subordinará todo a la cronología y su método será sistemático cuando agrupe los fenómenos literarios, "y asistemático en todo lo demás". Esta elasticidad, peligrosa en manos dotadas de menor destreza, no degenera en desorden.

Mientras Henríquez Ureña había preferido seleccionar ciertos autores para ejemplificar las distintas tendencias, Anderson, empeñado en su tarea de indagar cómo "la realidad... se ha trasmutado, bien o mal, en literatura" (p. 8), decide acoger inclusive "a mucho escritor malogrado", aunque luego afirma que "el carácter de compendio de nuestra historia explica que hayamos tenido que omitir muchos nombres" (p. 10). En realidad, esta omisión afecta en especial a las dos últimas décadas de nuestro siglo; el cuadro anterior es prácticamente completo. Pero aun quien desee conocer lo más representativo del movimiento literario contemporáneo, podrá recurrir al libro de Anderson con la seguridad de hallar en él por lo menos la referencia al autor buscado.

Crítico perspicaz, escritor experimentado y hombre sensible a las manifestaciones estéticas, Anderson precisa lo valioso —o no valioso— en los autores que estudia, proporcionándonos juicios que será difícil superar. Las páginas dedicadas a los cronistas de Indias (pp. 14-29), a José Joaquín Fernández de Lizardi (pp. 88-91), a Juan Montalvo (pp. 149-153), a Jorge Isaacs (pp. 159-162), a José Asunción Silva (pp. 208-209), a Rubén Darío (pp. 210-217), por ejemplo, son verdaderos dechados. Y estemos o no de acuerdo con él en otras opiniones, no por eso dejaremos de reconocerle una cualidad rarísima entre los críticos hispanoamericanos: la capacidad de ser conciso sin ser incompleto. Siempre certero en los cuadros generales, nos sorprende cuando cae en una inexactitud. Comprendemos que para caracterizar un momento afirme que entre los nacidos hacia 1910 predominaron los estudiosos (p. 365), pero se nos hace difícil aceptar que "cuanto más estudiaban, menos escribían", después de haber leído que a esa generación pertenecen María Rosa Lida y José Luis Romero.

Sin intención de crítica, y únicamente con el propósito de que una nueva edición del libro no registre ciertos defectos, nos permitiremos señalarlos. Leemos en la p. 26, cuando se habla de los sobrevivientes de la expedición a la Florida, narrada por Alvar Núñez Cabeza de Vaca: "Al fin quedan tres: él, Dorantes y el negro Estebanico". Los sobrevivientes fueron cuatro (cf. *Nafragios*, cap. 38, *BAAEE*, t. 22, p. 548b). En la p. 44 se afirma que la segunda parte de los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso se publicó en 1616 y que "también póstuma la *Historia general del Perú* salió en 1617". La segunda parte de los *Comentarios reales* y la *Historia general del Perú* son una sola y misma cosa: cf. "Tassa" y "Fe de erratas" en *Historia general del Perú*, t. 1, ed. de Rosenblat, p. 18; por otra parte, si bien ambos documentos son de 1616, la hasta ahora considerada edición príncipe apareció en 1617. En la p. 220 se lee: "Tenía [Lugones] talento de narrador: *Cuentos fatales, Las fuerzas extrañas*". Sería conveniente invertir el orden de los libros para sujetarse a la sucesión cronológica. La fuente inspiradora de *La cola de la sirena* de Conrado Nalé Roxlo no fue el "mito poético de la sirena" (p. 363) generalmente conocido, sino "La pequeña sirena" de Hans Christian Andersen. En cuanto a las afirmaciones sobre Horacio Quiroga (pp. 242-243), contienen algunas inexactitudes. No las detallaremos, sin embargo, porque sería injusto reprochar a Anderson el desconocer informaciones que no estaban publicadas cuando preparaba su libro.

Pocos son, pues, los reparos que permite la obra. Y estos reparos, a los que quizá habría que agregar otros de menor importancia, quedan prácticamente anulados por los méritos: utilidad, elegancia, juicios certeros, agilidad de exposición. Tal conjunto de virtudes, tan raro en libros de este tipo, permite que la obra se lea con indudable satisfacción intelectual y estética.

EMMA SUSANA SPERATTI PIÑERO

El Colegio de México.

ESTEBAN PICHARDO, *Pichardo novísimo, o Diccionario provincial casi razonado de voces y frases cubanas*, por D. . . Novísima edición corregida y ampliamente anotada por el Dr. Esteban Rodríguez Herrera. Academia Cubana de la Lengua, La Habana, 1953; Ixii + 716 pp.

Según el prologuista, fue éste el primer glosario de provincialismos referente a América que por estas tierras se publicó. La primera edición data de 1836; la segunda de 1849; la tercera de 1862, y la cuarta de 1875. Las cuatro fueron acrecentadas con nuevos aportes lexicográficos por el laborioso autor, que consagró casi medio siglo al estudio y recopilación de las peculiaridades lingüísticas de Cuba. Las cuatro ediciones que de su *Diccionario* vigiló Pichardo aparecieron con sendos títulos similares entre sí, pero no idénticos. Al reimprimir ahora esta notable obra, la Academia Cubana de la Lengua adoptó el que el autor le puso en la última edición, la de 1875.